



LA MASAJISTA

La Lujuria me atormentaba, me mataba y, a la vez, me sostenía, porque confieso la religión del Sexo. El Culo es el único Dios verdadero con un solo Ojo en mitad de dos mofletes. Un Dios que mira con un

solo ojo como el cíclope Polifemo, dibujado por Johann Heinrich Wilhelm Tischbein.

Hesíodo describió a tres cíclopes de un solo ojo que servían como constructores, herreros y artesanos: Brontes, Estéropes y Arges, padre, hijo y espíritu santo en la mitología griega. Que el Culo es el único Dios verdadero con un solo Ojo lo creían el dramaturgo Eurípides, el poeta Teócrito y el poeta épico romano Virgilio, entre muchos.

Yo era, y sigo siendo, un mártir de la Lujuria. El martirio de la Lujuria fue y sigue siendo muerte o tormentos padecidos por la “verdadera” religión y todas las “falsas” religiones.

Perdemos la Vida y la savia de los huesos entre pajas y folleteos de cualquier tipo de sexo. ”Antes mártir de la Lujuria que confesor de un puto Dios”, me dijo un amigo al abandonar el Seminario de Madrid.

Hoy en día, viejo y cansado, aunque tres veces bien me las hago: meo, pedo y cago, y tengo un amigo, aquí en Burgos, Diocleciano. Como los dos pasamos penalidades duras por culpa del dolor de huesos, hemos decidido ir a una “masajista con final feliz” un día de estos.

Hoy es el día, 29 de Agosto, y vamos a visitar a la “masajista con final feliz”. Se llama Augusta Gemella. Ha sido una infeliz sorpresa pues la tal Augusta era persona vana, hueca y de poco o ningún valor o mérito.

Ella es un mascarón con cara grande y deforme como esas que se usan como adorno en frontispicios y cornisas, bocas de fuentes.

Aunque desilusionados, yo le he dicho a Diocleciano, que mostraba, ahora, cara de asco:

-Hemos venido a lo que hemos venido, amigo.

-Sí, cerremos los ojos y abramos el ojo del culo. ¡Vaya gaita !

-¿Quién viene primero? nos preguntó la masajista.

-Ve tú Diocleciano, le dije. Que tú estás hecho un pellejo.

Fuimos a una habitación, que estaba junto al recibidor, y allí, le hizo echarse de rodillas y desnudo sobre un colchón lleno de

piedrecitas, pues, según dijo la Gemella era muy bueno para la circulación de la sangre.

Augusta Gemella atrajo a Diocleciano hacia ella por detrás y de rodillas como estaba. Le besó el tercer Ojo, metiéndole unos anisetes, tres granos, diciéndole:

-Tu Ano, Diocleciano, tiene más hojas que un calepino. No sólo ha hecho eso, más lo otro, ya sabes.

-Sí que es un poco maricón, comenté yo para que lo oyera la masajista.

Después de masajearle las nalgas hasta por detrás de la rodilla con un aceite que ella dijo de romero, se fue con las dos manos a sus pelotas, doblándole la picha hasta ella, y hablándole al capullo de esta manera:

-Eres más tonto que pipi.

De repente, desnuda como estaba, se metió, de espaldas, debajo de él, abriendo la entrepierna, llevando su picha hasta más allá de lo justo, haciendo más por complacerlo de lo que hubiera podido esperar Diocleciano; pues por eso exclamó ella, antes de introducirse por debajo de él:

-Más vale un toma que dos te daré.

Diocleciano quiso hablar, pero ella le cortó, diciendo:

-Vale más que te calles.

Para mí, esto que vi fue de traca. Ella se lo trabajó a más y mejor. Masaje, paja y polvo a tan sólo diez euros, ¡madre mía, qué lujo! Y, luego, al desuncirse ellos, ver esa mezcla blanca y espesa que resulta de incorporar un líquido seminal con una materia pulverulenta que, a mí, me pareció la de hacer pan, pasteles, hostias.

Lo que he contado es, ni más ni menos, lo que pasó.

Ella, sin andarse en chiquitas, atropelladamente, mientras Diocleciano se vestía, dirigiéndose a mí, dijo:

- Y, tú, como te llames, vuelve mañana, porque ahora, en este momento me encuentro mascabada como el azúcar en bruto, pero purgada con barro.

-Daniel de Culla